



Arzobispado de Valencia

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LA
PASTORAL DE ENFERMOS Y MAYORES

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

11 de febrero de 2022

Subsidio litúrgico

Este subsidio se puede utilizar también en otro día de la semana, proclamando, si así está permitido, las lecturas de la Memoria de Nuestra Señora la Virgen de Lourdes, 11 de febrero, según las indicaciones de la Ordenación General del Misal Romano (cf.: 352-363).

I.- RITOS INICIALES

Monición de entrada

El sacerdote celebrante, después de signarse y saludar al pueblo, dice la siguiente introducción al acto penitencial:

Queridos hermanos:

Hace ya 30 años que el Papa Juan Pablo II instituyó la celebración de la **Jornada Mundial del Enfermo** en la festividad litúrgica de **Nuestra Señora la Virgen de Lourdes**.

Acompañar a quienes sufren como consecuencia de la enfermedad es una obra de misericordia a la que todos nosotros estamos invitados. Por eso, este año ponemos el acento en la importancia de “acompañar en el sufrimiento”, como muy bien dice el lema de esta Jornada.

La disponibilidad de la Virgen María, que, con afectuosa prontitud, acudió a casa de su prima Santa Isabel, es un modelo de la solicitud a cuantos necesitan de nuestra atención, en el sufrimiento de su enfermedad, o a colaborar con cuantos cuidan habitualmente de ellos con dedicación y ternura.

Que María, Salud de los Enfermos, nos impulse en esta preciosa misión.

(Silencio)

Tú, que trajiste la Buena Noticia de la Salvación a los enfermos y necesitados: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Tú, que quisiste experimentar el sufrimiento y la muerte en tu Pasión: Cristo ten piedad.

R. Cristo, ten piedad.

Tú, que alegraste la esperanza de tu Madre con tu Resurrección: Señor, ten piedad.

R. Señor, ten piedad.

Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, perdone nuestros pecados y nos lleve a la vida eterna.

R. Amén.

(En el domingo se recita o canta el “Gloria”).

Oración colecta

De la de la memoria de nuestra Señora la Virgen de Lourdes:

Dios de misericordia,
concédenos fortaleza en nuestra debilidad
a cuantos recordamos a la inmaculada Madre de Dios,
para que, con el auxilio de su intercesión,
nos levantemos de nuestros pecados.
Por nuestro Señor Jesucristo.

II.- LITURGIA DE LA PALABRA

Lecturas

Leccionario “Misas de la Virgen María”: Formulario 44 (La Virgen María, salud de los enfermos), págs. 174-177.

PRIMERA LECTURA

Él soportó nuestros sufrimientos

Lectura del libro del profeta Isaías 53, 1-15. 7-10

¿Quién creyó nuestro anuncio?,
¿a quién se reveló el brazo del Señor?
Creció en su presencia como brote,
como raíz en tierra árida,
sin figura, sin belleza.

Lo vimos sin aspecto atrayente,
despreciado y evitado de los hombres,
como un hombre de dolores,
acostumbrado a sufrimientos,
ante el cual se ocultan los rostros,
despreciado y desestimado.

Él soportó nuestros sufrimientos
y aguantó nuestros dolores;
nosotros lo estimamos leproso,
herido de Dios y humillado;
pero él fue traspasado por nuestras rebeliones,
triturado por nuestros crímenes.

Nuestro castigo saludable cayó sobre él,
sus cicatrices nos curaron.
Maltratado, voluntariamente se humillaba
y no abría la boca;
como cordero llevado al matadero,
como oveja ante el esquilador,
enmudecía y no abría la boca.

Sin defensa, sin justicia, se lo llevaron,
¿quién meditó en su destino?
Lo arrancaron de la tierra de los vivos,
por los pecados de mi pueblo lo hirieron.

Le dieron sepultura con los malvados,
y una tumba con los malhechores,
aunque no había cometido crímenes
ni hubo engaño en su boca.

El Señor quiso tritularlo con el sufrimiento,
y entregar su vida como expiación;
verá su descendencia, prolongará sus años,
lo que el Señor quiere prosperará por su mano.

Palabra de Dios.

SALMO RESPONSORIAL

Sal 102, 1-2. 3-4. 6-7. 8 y 10 (R.: 1a. 3a)

Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.

***R. Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.***

Bendice, alma mía, al Señor
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor
y no olvides sus beneficios.

***R. Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.***

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura.

***R. Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.***

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

***R. Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.***

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

R. *Bendice, alma mía, al Señor;
él cura todas tus enfermedades.*

Aleluya

Cf. Lc 1, 45

Dichosa tú, Virgen María, que has creído,
porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá.

EVANGELIO

¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?

✠ Lectura del santo Evangelio según san Lucas 1, 39-56

En aquellos días, María se puso en camino y fue aprisa a la montaña, a un pueblo de Judá; entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel.

En cuanto Isabel oyó el saludo de María, saltó la criatura en su vientre. Se llenó Isabel del Espíritu Santo y dijo a voz en grito:

–«¡Bendita tú entre las mujeres, y bendito el fruto de tu vientre!
¿Quién soy yo para que me visite la madre de mi Señor?
En cuanto tu saludo llegó a mis oídos, la criatura saltó de alegría en mi vientre.
Dichosa tú, que has creído, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá».

María dijo:

–«Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo,
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de la misericordia
–como lo había prometido a nuestros padres–
en favor de Abrahán y su descendencia por siempre.»

María se quedó con Isabel unos tres meses y después volvió a su casa.

Palabra del Señor.

Ideas para la homilía

*En el día 11 de febrero.
Las ideas que siguen pueden también servir
para la celebración en otro día.*

Queridos hermanos:

Una de las obras de misericordia más perfectas y excelsas que podemos descubrir y practicar, es la de acompañar en el sufrimiento a cuantos hermanos nuestros pasan por el valle del dolor, de la enfermedad, de la soledad, de la muerte. Esta es una hermosa misión a la que Dios continuamente nos invita para que colaboremos con Él, llevando su consuelo y amor divino a los que sufren.

Todos somos conscientes de que, a nuestro lado, hay muchas personas que lo están pasando mal en su cuerpo, pero también en su alma: tenemos familiares, amigos, vecinos, seres queridos... Algunos los conocemos; otros, nos pasan desapercibidos; pero todos necesitan nuestra ayuda, afecto y ternura.

Bien sabemos que no sólo las enfermedades de nuestro cuerpo traen el sufrimiento. Pensemos en la terrible pandemia de la soledad –agravada en los últimos meses por lo que aún estamos padeciendo– que hunde en la angustia a los que se sienten solos en la vida; así como en la enfermedad de Alzheimer, en las enfermedades mentales o en el natural decaimiento de la edad avanzada y el lógico miedo ante el fin de la vida en este mundo.

A nuestro Dios no le es ajeno el sufrimiento, ningún sufrimiento. Cuando viene la enfermedad grave, cuando experimentamos en nuestra propia carne la debilidad y el dolor a causa de los padecimientos, nuestro corazón se llena de tristeza y angustia, de dudas y temores sobre lo que ha de venir: ¡qué importante es entonces que sintamos junto a nosotros una voz amiga que nos reconforta, una mano tierna que nos sostiene, un alma que comparte con nosotros nuestro mismo sufrimiento pero que, a la vez, derrama sobre nosotros el aceite del consuelo y el vino de la esperanza, siguiendo el ejemplo de Jesús, infinitamente misericordioso y compasivo!

Esa compasión divina es la que nos llama, en el fondo de nuestro corazón, para que también nosotros seamos partícipes y colaboradores de nuestro Señor: siendo afectuosa compañía del que se encuentra solo, cuidando cariñosamente a los enfermos, dando de comer con ternura al que ya no sabe, de beber al que no es capaz, de vestir con delicadeza al que está ya dependiente de nosotros, de visitar en el amor a los que están encerrados en sus propios domicilios, en las residencias de mayores, en los hospitales... ¡Qué gran bien podemos hacer llevando el amor de Dios a cuantos sufren!

El misterio del sufrimiento nos revela la radical debilidad de nuestra condición humana, pero también el profundo anhelo que brota –por la fuerza del Espíritu Santo– de

nuestro corazón, para acercarnos, para hacernos prójimos a nuestros hermanos que sufren y, así, compartir y aliviar sus cargas y dolores. Es ése el gran deseo de hacer el bien, el que Dios mismo siembra en nuestras almas. ¡El amor al prójimo se realiza en el amor a cuantos sufren!

Bien sabemos que acompañar a quien está sumido en el sufrimiento cuando se prolonga mucho en el tiempo; cuando no hay perspectivas humanas de mejora, sino de empeoramiento; cuando nuestros enfermos se van agravando, y sin perspectivas de curación; cuando vemos a nuestros seres queridos, que cada vez son más dependientes y día a día se agrava su demencia; cuando se está ante el misterio de la muerte... ¡llega a ser una labor heroica que sólo en la fuerza del amor divino puede ser realizada!

Así es, todos conocemos a personas que están dando su vida cuidando a sus familiares dependientes durante muchos años; acompañando a enfermos graves, incurables o mentales; visitando asiduamente y con gran paciencia, esfuerzo y dedicación a tantos enfermos, ancianos y dependientes que viven en sus casas, en los hospitales, en las residencias de personas mayores o de discapacitados. Son un encomiable y digno ejemplo para cuantos los contemplan. ¡Y, puede ser, que algunos de ellos seamos nosotros mismos...!

Este generoso y santo servicio únicamente se puede realizar por la gracia misericordiosa de Dios que ilumina, sostiene, consuela y conforta a tantos cuidadores y acompañantes que participan y comparten el sufrimiento de aquellos a quienes cuidan con gran afecto y ternura. Algunas veces, los cuidadores nos sentimos ciertamente asistidos por el fuego del amor divino; otras, no son conscientes de la acción del Espíritu Santo Consolador en ellos; pero el amor de Dios es siempre eficaz.

También, cada uno de nosotros, en la medida de nuestras posibilidades, estamos llamados a dar nuestra vida por amor a Cristo. Son múltiples las oportunidades que se nos ofrecen para acompañar a cuantos sufren –que son una multitud inmensa. Pero es necesario que abramos los ojos y que veamos como Cristo nos ve a todos nosotros, para poder vislumbrar el sufrimiento de tantos hermanos nuestros, que muchas veces permanece oculto, ante una mirada cerrada al amor.

Pidamos al Señor que nos haga dóciles a sus indicaciones y que nos revista con su gracia para que seamos fuertes en nuestra humana debilidad y podamos acompañar –con ese mismo amor con que Dios nos ama– a nuestros hermanos que sufren. Dios mismo nos envía en su nombre, para que seamos portadores de ese Amor, que es Dios mismo.

Ese amor de Dios es el que nos impulsa a salir de nosotros mismos y a dar nuestro tiempo, nuestro esfuerzo, nuestra vida, a los que más nos necesitan: los enfermos, los ancianos, los dependientes, las periferias de la sociedad. Ese amor –que es Dios mismo– nos lleva a ir en búsqueda del que sufre para acompañarlo en su mismo sufrimiento, derramando sobre su corazón desgarrado el suave bálsamo del amor de Dios, ese consuelo divino del que Cristo –Médico de cuerpos y almas– nos hace mensajeros y colaboradores; del que María, Madre de Dios y Madre nuestra, Madre de los enfermos y necesitados, Madre de los que sufren, Madre de todos los hombres, es amparo en nuestro desvalimiento.

Pidamos al Señor, por intercesión de nuestra Madre, María, nuestra Señora de Lourdes, Salud de los Enfermos, que digamos como ella dijo que “sí” al anuncio del ángel *«hágase en mí según tu voluntad»*, así también nosotros digamos que “sí” a cuantas veces el Señor nos pida y mueva que acompañemos en su amor a cuantos hermanos nuestros están sufriendo.

III.- LITURGIA EUCARÍSTICA

Oración sobre las ofrendas

Del común de la bienaventurada Virgen María, I. Tiempo ordinario, 5.

Acepta, Señor, la ofrenda de nuestra devoción
para que el ejemplo de la bienaventurada Virgen María
confirme en el amor a ti y al prójimo
a quienes celebramos el inmenso amor de tu Hijo.
Él, que vive y reina por los siglos de los siglos.

Prefacio

LA BIENAVENTURADA VIRGEN MARÍA BRILLA COMO SIGNO DE SALUD PARA LOS ENFERMOS

℣. El Señor esté con vosotros.

℞. Y con tu espíritu.

℣. Levantemos el corazón.

℞. Lo tenemos levantado hacia el Señor.

℣. Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

℞. Es justo y necesario.

En verdad es justo darte gracias
y deber nuestro glorificarte, Padre santo.

Porque la santa Virgen María,
participando de modo admirable en el misterio del dolor,
brilla como señal de salvación y de celestial esperanza
para los enfermos que invocan su protección;
y a todos los que la contemplan,
les ofrece el ejemplo de aceptar tu voluntad
y configurarse más plenamente con Cristo.
El cual, por su amor hacia nosotros,
soportó nuestras enfermedades
y aguantó nuestros dolores.

Por él,
los ángeles y los arcángeles
y todos los coros celestiales
celebran tu gloria,
unidos en común alegría.

Permítenos asociarnos a sus voces
cantando humildemente tu alabanza:

Santo, Santo, Santo.

IV.- RITOS DE CONCLUSIÓN Y DESPEDIDA DE LA ASAMBLEA

Oración después de la comunión

Del común de la bienaventurada Virgen María, I. Tiempo ordinario, 4.

Después de recibir, Señor,
los sacramentos de la fe y de la salvación,
te pedimos humildemente
que, al celebrar con devoción
la memoria de la bienaventurada Virgen María,
merezcamos participar con ella del amor del Cielo
Por Jesucristo nuestro Señor.

Bendición solemne

El Señor esté con vosotros.

R. Y con tu espíritu.

El Dios, que en su providencia amorosa quiso salvar al género humano por el fruto bendito del seno de la Virgen María, Nuestra Señora de Lourdes, os colme de sus bendiciones.

R. Amén.

Que os acompañe siempre la protección de la Virgen María, por quien habéis recibido al Autor de la vida.

R. Amén.

Y a todos vosotros, reunidos hoy para celebrar con devoción esta fiesta de María, Nuestra Señora de Lourdes, el Señor os conceda la alegría del Espíritu y los bienes de su Reino.

R. Amén.

Y la bendición de Dios todopoderoso,

✠ Padre, Hijo y Espíritu Santo,
descienda sobre vosotros.

R. Amén.

Con el pensamiento puesto en nuestros enfermos y familiares, y especialmente los que más están sufriendo con esta pandemia, elevamos ahora nuestra mirada hacia nuestra Madre, la santísima Virgen María, Nuestra Señora de Lourdes, Salud de los Enfermos; para ella es ahora nuestro afecto y nuestra invocación. Que al separarnos permanezcamos unidos en el mismo amor que ella nos tiene y que refleja el amor eterno de Dios. Id en paz y anunciad a todos la misericordia del Señor, que es nuestra fortaleza.

Podéis ir en paz.

R. Demos gracias a Dios.

Canto del Ave María de Lourdes u otro canto a la Virgen.



Arzobispado de Valencia

DELEGACIÓN DIOCESANA DE LA
PASTORAL DE ENFERMOS Y MAYORES

JORNADA MUNDIAL DEL ENFERMO

11 de febrero de 2022

Oración de los fieles

Sacerdote:

Por mediación de María, nuestra Señora de Lourdes, Salud de los Enfermos, elevamos nuestras oraciones a Dios nuestro Padre, que siempre nos acompaña y en el que ponemos nuestra confianza; por eso le pedimos por todos los enfermos y, especialmente, por los que más están sufriendo:

Lector:

- Por el Papa Francisco, los obispos y sacerdotes: para que el Señor les ayude en su misión de llevar el consuelo de Cristo a los que sufren. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por nuestras autoridades: para que procuren siempre el mayor bien para nuestros enfermos, respetando la dignidad inalienable de la vida humana desde su inicio hasta su fin natural. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por nuestros hermanos enfermos, que experimentan el misterio del dolor y el sufrimiento: para que sientan también la presencia tierna y compasiva de nuestra Madre celestial. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por las familias de los enfermos, que acompañan con exquisita paciencia y ternura a sus seres queridos: para que María los sostenga en sus sufrimientos y tribulaciones. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por los profesionales, capellanes, religiosos y voluntarios, consagrados al servicio de los enfermos: para que vivan los mismos sentimientos de María cuando visitó a su prima Santa Isabel. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.
- Por todos nosotros: para que seamos siempre sensibles al sufrimiento de nuestros hermanos y sepamos llevarlos a Cristo y a su Madre, que los quieren consolar y aliviar. Roguemos al Señor.
℟. Te rogamos, óyenos.

Sacerdote:

Escucha, Padre compasivo y misericordioso, nuestra oración y danos un corazón tierno y amoroso como el de María, para que seamos más atentos a las necesidades de nuestros hermanos que sufren en la enfermedad y así les acompañemos con el amor de su Hijo. Por esucristo nuestro Señor. *℟. Amén.*

AVE MARÍA DE LOURDES

Del cielo ha bajado
la Madre de Dios,
cantemos el Ave
a su Concepción.

*Ave, Ave, Ave María.
Ave, Ave, Ave María.*

En Lourdes de Francia
su trono fijó
mirando a la España
que no abandonó.

Son siempre los niños
imán de su amor,
y allí a Bernardita
su gloria mostró.

De luz rodeada
y eterno esplendor,
la Reina del Cielo
así apareció.

Un traje vestía
de blanco color
que el talle ajustaba
azul ceñidor.

Por detrás su cuerpo
todo alrededor,
gracioso envolvía
un largo mantón.

Sus pies virginales
desnudos dejó,
y en ellos dos rosas
de eterno candor.

Un largo rosario
que el Cielo labró,
sostiene en sus manos
más puras que el sol.

Su rara hermosura,
profunda emoción
causó en Bernardita
que absorta quedó.

La Virgen entonces
afable sonrió
e infunde a la niña
aliento y valor.

Yo soy la hermosura
que refleja a Dios.
Yo soy toda Pura
en mi Concepción.

